

M^a Ángeles QUEROL y Consuelo TRIVIÑO, *La mujer en «el origen del hombre»*. Bellaterra Arqueología. Barcelona, 2004.

En su serie de trabajos arqueológicos, la editorial Bellaterra ha publicado recientemente este libro en el que se analiza el papel que se ha atribuido a la mujer en los estudios sobre los orígenes humanos desde que vio la luz la teoría evolucionista de Darwin en la segunda mitad del siglo XIX (1877 en su primera edición española).

El libro consta de dos partes bien diferenciadas. La primera (*El espacio de las mujeres en los discursos históricos sobre los orígenes humanos*) ocupa algo más de dos tercios de la obra y ha sido escrita por M^a Ángeles Querol, Catedrática de Prehistoria de la Universidad Complutense de Madrid. Comienza con una visión general del impacto del evolucionismo en España y de la situación de “ocultación” de las mujeres en los discursos históricos y religiosos sobre los orígenes de la humanidad. Posteriormente, se analiza de forma más pormenorizada una larga serie de publicaciones escolares, científicas y divulgativas agrupadas en dos amplios arcos cronológicos: de 1870 a 1970 y de 1970 a la actualidad.

Durante el primer arco cronológico la serie de publicaciones conectadas con la temática del libro es menos extensa que durante el segundo. A una larga etapa de resistencia al arraigo de las teorías darwinistas, ha de unirse la dificultad que a veces encuentra la autora para detectar sesgos claramente sexistas en un lenguaje que es rotundamente masculino y no produce evidentes “saltos semánticos”, concepto acuñado por García Meseguer y tomado por M^a A. Querol para definir “discursos que aparentemente usan hombre como universal, y en los que por alguna palabra o frase puede comprobarse que sólo se trata de varones” (pg. 30). Estos saltos semánticos en algunos trabajos han llevado a concluir a la autora que en la mayor parte de las publicaciones estudiadas la palabra “hombre” no se asimila a “ser humano” sino que se refiriere solo al varón con una implícita exclusión de la mujer.

A partir de 1970 se multiplican los trabajos sobre evolución humana y en los textos escolares (incluidos los religiosos que lo hicieron con algo más de retraso) empieza a generalizarse la aceptación de que nuestra especie descende de los primates en el árbol evolutivo. Pero en este periodo se produce otro hecho remarcable: se inicia el cuestionamiento del papel que tradicionalmente se ha asociado a las mujeres tanto en los estudios sobre el origen de los seres humanos como en otros muchos aspectos tratados por la ciencia histórica (y prehistórica).

Estas nuevas perspectivas han sido generalmente abordadas por investigadoras que, tanto desde la arqueología feminista como desde la arqueología de género, han enfocado su análisis desde los planteamientos postmodernistas que han caracterizado a la disciplina en los dos últimos decenios (Gilchrist 1991; Engelstad 1991). En efecto, el postmodernismo, con su rechazo a la existencia de la objetividad en la investigación histórica, sirve de soporte al posicionamiento teórico de estos trabajos, que asocian el arraigo de preconcepciones en torno al papel secundario de las mujeres en la evolución humana a factores subjetivos que proyectan en el pasado los valores androcéntricos de la sociedad contemporánea (Sánchez Liranzo 2001).

A partir de esta situación, y de la propia obra de Darwin, se ha relacionado el éxito adaptativo humano a las aptitudes teóricamente masculinas (caza, habilidades tecnológicas, inteligencia, agresividad,...) de las que las mujeres han sido simples subsidiarias y transmisoras por la vía de la reproducción de la especie (Fedigan 1986). Esta idea ha quedado luego implícita tanto en los textos científicos como educativos y religiosos, reflejándose también gráficamente en las representaciones que tratan de reconstruir y transmitir visualmente la forma de vida de nuestros más antiguos ancestros, tanto en los textos de los primeros decenios estudiados, como en exposiciones recientes.

M^a A. Querol realiza una brillante y fundamentada crítica a la distinta valoración que históricamente se ha asociado a las actividades realizadas por las mujeres en las primeras comunidades humanas, y a la atribución de valores notablemente superiores a las desarrolladas por los hombres. El volumen de trabajos analizados es tan amplio que bien podría haber derivado en una publicación monográfica y, sin embargo, se echa en falta el acompañamiento de un estudio bibliométrico de la información manejada. No obstante, la cantidad de ejemplos expuestos muestra con claridad el sesgo sexista implícito, y a veces explícito, del conjunto de los textos seleccionados.

La segunda parte del libro (*Evolucionismo y género: el lugar de la mujer en la narrativa de finales del siglo XIX y principios del XX*) la firma Consuelo Treviño, hispanista, escritora y crítica literaria, y se centra en el papel atribuido a las mujeres en la literatura contemporánea desde los primeros años de la difusión del evolucionismo.

Esta parte de la obra no conecta suficientemente con la anterior y tampoco con el tema que sugiere el título del libro, pero su lectura tiene muchos aspectos de indudable interés para cualquier persona interesada en las distintas formas (en este caso la literatura) en las que se ha transmitido a la sociedad las distinciones marcadamente sexistas entre hombres y mujeres.

Curiosamente, la autora muestra cierta inconsistencia en el uso de un lenguaje políticamente correcto, utilizando a veces el genérico masculino del que se ha huido con éxito en la primera parte del libro. Esto evidencia claramente la dificultad que entraña todavía la utilización de un lenguaje no sexista incluso entre personas comprometidas con posiciones, cuanto menos, cercanas al feminismo.

El estudio realizado por C. Treviño presenta, según mi criterio, dos aspectos de especial relevancia. El primero de ellos es que refleja claramente, a través de los roles atribuidos a personajes literarios de obras tan conocidas como *La Regenta* de L. Alas Clarín, *Fortunata y Jacinta* de B. Pérez Galdós, *Los Pazos de Ulloa* de E. Pardo Bazán y otras muchas, las características del sistema de valores predominante en la sociedad española que, según la autora, no sólo dificultaron enormemente la aceptación del evolucionismo, sino que favorecieron la perpetuación de la creencia de la inferioridad de la mujer respecto al hombre.

El segundo aspecto enlaza directamente con este último punto, ya que esta inferioridad deriva de la asociación de la mujer con la naturaleza y del hombre con la cultura. La naturaleza es lo que se transmite biológicamente y por lo tanto está presente en todas las especies, mientras que la cultura es un rasgo distintivo del "hombre" que se transmite a través de la educación y la inteligencia. Siendo la cultura el mecanismo adaptativo más avanzado de la especie humana, su asociación a los varones los convierte, una vez más, en los protagonistas de la evolución y el progreso humanos.

En mi opinión, es en el estudio de esta asociación mujer-naturaleza/hombre-cultura, en el que la segunda parte del libro aporta elementos más atrayentes para aquellas personas interesadas en el conocimiento de cómo y porqué se han perpetuado posturas claramente desfavorables a las mujeres en relación con su papel en la historia de la humanidad.

BIBLIOGRAFÍA

- ENGELSTAD, E. (1991): "Images of power and contradiction: feminist theory and post-processual archaeology", *Antiquity* 65: 502-514.
- FEDIGAN, L.M. (1986): "The Changing Role of Women in Models of Human Evolution", *Annual Review of Anthropology* 15: 25-66.
- GILCHRIST, R. (1991): "Women's archaeology? Political feminism, gender theory and historical revision", *Antiquity* 64: 495-501.
- SÁNCHEZ LIRANZO, O. (2001): "La Arqueología de género en la prehistoria. Algunas cuestiones para reflexionar y debatir", *Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social* 4: 321-343.

SILVIA FERNÁNDEZ CACHO